



El compositor Jorge Fernández Guerra hojea partituras en su estudio. Foto: Luis Sevillano

El ruido tolerable

Jorge Fernández Guerra compone con el tráfico de la Gran Vía de fondo

“POR LAS ESCALERAS de esta casa subió y bajó el baúl de la Piquer”, dice risueño Jorge Fernández Guerra, que vive en el número 78 de la Gran Vía madrileña, siete pisos por encima del Coliseum. Edificio y teatro nacieron de un encargo del Maestro Guerrero en los años treinta. Si Concha Piquer fue su inquilina más ilustre, hoy Fernández Guerra tiene como vecina a la propia Fundación Guerrero, para cuyo concurso acaba de componer una pieza. “La guitarra es un instrumento muy complicado por cuestiones de matices y digitación”, dice refiriéndose a *Mezcla admirable y extraña...*, una de las tres obras que estrena este otoño. Las otras son *Memorias*, que pasado mañana sonará por primera vez en el Festival de Música de Alicante, y *Tres desechos en forma de ópera*, que el 21 de diciembre llegará al Teatro Guindalera de Madrid.

Fernández Guerra, madrileño de 1952 y premio Nacional de Música en 2007, desgana con pasión los detalles de una ópera a la que atribuye una “vocación popular”. Basada en obras de Erik Satie —“eso me ha liberado del estigma de ser original”— y compuesta para tres instrumentistas y dos cantantes, la pieza lleva al escenario las peripecias de varios músicos callejeros. Desde que en 1987 probara suerte en el género con *Sin demonio no hay fortuna*, un hito en la escena madrileña de aquellos años, la ópera y el público son dos de las preocupaciones de este compositor y ensayista que entre 2001 y 2010 dirigió el Centro para la Difusión de la Música Contemporánea: “Los aficionados a la ópera lo son en el fondo a la historia de la ópera. No siempre fue así. Tradicionalmente eran

como los del cine: querían ver las últimas creaciones y de cuando en cuando, un clásico”. ¿Razones para ese divorcio entre creadores y espectadores? “Por un lado, la falta de formación del público. Por otro, los compositores se han colocado con toda naturalidad y con una escritura muy sólida en el extremo de la vanguardia, marcada por la estética negativa de la posguerra —todo era *anti*—. Pero era una trampa. La vanguardia avanza por el desierto y se aleja tanto que cuando se da cuenta no hay nadie detrás, ya no ve el camino y no sabe ser comprensible”.

Mientras ajusta detalles escenográficos de su “ópera pequeña”, Fernández Guerra vive, dice, en pausa, sin componer y casi sin escuchar música pese a estar rodeado de discos y partituras. Frente a su mesa y bajo un dibujo de José Manuel Broto, un planero guarda todas las suyas, pulquérrimas desde que cambió el lápiz y el papel por el ordenador. A su espalda, una estantería atesora la integral de Mozart en 20 tomos y todas las obras en CD de Bach, su pasión: “Uno es la perfección milagrosa, irreproducible; el otro, la perfección absoluta salida de una metodología”. Por la ventana, a un metro del piano, la vista se pierde hacia la Casa de Campo, pero se cuele el ruido de los coches. “Lo ideal es el silencio”, dice, “pero si no es posible, eliges el ruido menos molesto. Antes que los vecinos o la televisión prefiero el tráfico, es más abstracto”. ¿Alguna manía? “Cuando uno trabaja tantas horas en lo mismo la tendencia a ser maniático es natural, pero me he mudado tantas veces de casa que he ido perdiendo casi todas las manías”. **Javier Rodríguez Marcos** •